

9.^a MEDITACIÓN
LA PRESENTACIÓN

En la tercera parte de la Carta Juan Pablo II, habla del corazón materno de María. Es la insistencia en María corredentora con Cristo, María medianera de todas las gracias. Hacia ahí va la orientación de la Iglesia.

Puede ser interesante para nosotros notar que cuando Pío XII el año 50 definió la Asunción de María, el objetivo hacia donde tendía la teología, marcado ya de antemano, era la mediación de María. Hacia eso iba, diríamos, la atención y la intención. Se quería ver la realidad de esa mediación, y se trataba de preparar la proclamación dogmática de la mediación universal de María. Y la dificultad mayor no estuvo en el hecho de la mediación universal, sino en caracterizar en qué consiste esa mediación. Y en vista de que no se aclaraba del todo ni se podía iluminar suficientemente, se optó por la Asunción, que es camino de ese proceso, porque la Asunción viene a indicar la coronación de la Virgen como Reina Madre que está participando del gobierno de su Hijo; pero no se proclamó ni se definió la mediación universal. La dificultad, pues, estaba en el carácter de esa mediación. ¿Por qué? Se hacía notar que en el Apocalipsis aparecen todos los santos como mediadores: los santos interceden ante el trono de Dios, y Dios escucha la oración de los santos e interviene en la historia, movido por ella. Y esa mediación es universal. Venía a decirse: si todos los santos tienen una mediación universal, ¿qué es lo específico de la mediación de María?

Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris Mater* muestra por dónde va ahora esa aclaración y viene a decir: la mediación de María es una mediación materna universal, de corazón de madre y actuación materna. Y es el título de la tercera parte de la encíclica, que en el fondo viene a preparar el camino para la definición de la mediación. El título de esta tercera parte no es mediación universal, sino «mediación materna». María como Madre de Cristo y de la Iglesia, tiene una función y una actividad que se caracteriza por su calidad materna: actúa como madre, con intervención de madre. Esto vamos a verlo en el ejemplo de las escenas diversas del evangelio, muy especialmente en la mediación de María en las bodas de Caná. Ahí aparece ejemplarmente.

Los estudiosos de la Virgen y de la teología mariana suelen distinguir los dogmas marianos. Son cuatro fundamentalmente: el dogma de la Maternidad, el dogma de la Virginidad, la Inmaculada Concepción y la Asunción de María. Pero con razón insisten últimamente en que hay otro dogma mariano, en el que ha insistido el Concilio: «María, nueva Eva»; dicho de otra manera, ahí entra en juego María medianera, María Madre de los vivientes, María colaboradora de la Redención, corredentora con Cristo. Ese es el dogma que, de hecho, está en toda la tradición de la Iglesia. La contraposición Eva-María, Eva-Nueva Eva, está ya en los Padres a partir de san Justino, y es la que da como la raíz a todo lo demás. María ha sido asociada por el decreto divino a la Encarnación del Verbo, al misterio de la Redención, y no para un momento en el que diera su sí en la Encarnación, sino, como indica el Concilio «se asoció a toda la

obra de Cristo». María está asociada a Cristo a lo largo de toda su vida, culminando en la asociación suprema en la cruz, donde unida a Él, ofrece Cristo al Padre y se ofrece a sí misma con Cristo al Padre con corazón materno. Entra en el título de un capítulo de la encíclica de Juan Pablo II: «Ahí tienes a tu Madre», «la Madre», «el corazón de Madre».

Nueva Eva, es el dogma fundamental de la Virgen. Nueva Eva, asociada plenamente a la Redención, con una asociación eficaz con la que contribuye a la salvación del mundo. Esa asociación eficaz, total, no para ciertas gracias ocasionales sino para la obra de la salvación, se realiza en la época terrestre y en la etapa celeste. También en el cielo María está asociada a Cristo Rey Redentor y lleva adelante también Ella, con corazón materno, la ayuda a la Iglesia que camina sobre la tierra. Esta es la visión.

La presentación de este punto así, tan clara en el Concilio, es en sí misma opuesta a la concepción de los protestantes, en concreto. Ellos ven en María y en la presentación que la Iglesia hace de Ella, colaboradora de la redención, el prototipo de lo que va a ser la colaboración de cada uno de nosotros en su grado.

La visión sobrenatural del hombre en la Iglesia no es la del puro receptor de dones de Dios, sino la del que, por don de Dios es llamado a colaborar, con el don de Dios y con la gracia de Dios, en la obra de la redención.

El argumento por el que se oponen los protestantes, y están contagiados de esa misma mentalidad no pocos católicos, es este: Jesucristo es el único Mediador. Si Jesucristo es, y esto lo dice san Pablo escribiendo a Timoteo, «el Mediador único entre Dios y los hombres,

el Hombre Cristo-Jesús», quiere decir que no hay más mediadores, arguyen.

¿Cómo responden a esta cuestión, sea el Concilio, sea Juan Pablo II? Ambos aclaran el sentido de la palabra de san Pablo. Lo que hace el Apóstol no es excluir mediaciones ulteriores, sino recalcar que toda mediación, si existe, se funda y pasa por la mediación de Cristo. Cuando decimos Cristo, es el Hombre Cristo-Jesús, Hijo de Dios, el único Mediador. Por lo tanto, si yo voy a afirmar claramente, porque lo vemos así en los pasajes evangélicos y en la enseñanza de la Iglesia: «María es medianera, es colaboradora a la redención», esa mediación de la Virgen no se sobreañade a la mediación de Cristo, no se pone al lado de su mediación: hay quien va a Dios por Cristo y hay quien va a Dios por María; o de otra manera, la mediación de Cristo no es suficiente, María viene a completar lo que falta a la mediación de Cristo. Serían presentaciones falsas, iría contra la enseñanza de Pablo y contra la fe de la Iglesia. Toda mediación participa de la mediación de Cristo. Por eso se inclina Juan Pablo II por la fórmula (no es la única): «mediadora para con el Mediador». Es la que nos lleva a Cristo, y en Cristo se realiza la mediación al Padre. Es una forma, es fórmula de san Bernardo: «mediadora al Mediador», y Juan Pablo II la asume. Pero sea cual sea la explicación, la mediación de María no añade valor a la mediación de Cristo, sino que participa de ella.

Después él insiste en cómo de hecho, en los momentos en que aparece María. Aparece siempre como portadora de Cristo y conductora a Cristo. Aparece así en las bodas de Caná, en que envía a los servidores a Jesús, preparándoles para su encuentro; aparece así en la cruz, donde recibe de Cristo esa misión y lleva hacia

Cristo; y aparece así también en sus manifestaciones de Lourdes o Fátima, donde Ella se muestra *orante*. No es Ella la mediadora, Ella orante, conduce a Cristo. Lleva a las almas a la Eucaristía, a la comunión. Siempre su mediación es así. Pero querida por Cristo, porque nos ha hecho así, quiere que tengamos ayuda unos de otros y que mantengamos siempre esa conexión.

La mediación hay que entenderla de esta manera: es verdadera su función, su actividad, su colaboración; pero no quita nada a la mediación de Cristo, al contrario, la potencia, la recibe de Él, de su mediación. Cristo es el Redentor, Ella es redimida por Él y constituida colaboradora de la redención de Cristo.

A María lo que le sucede, para nosotros es ejemplar, porque en nosotros tiene que darse, en su grado: redimidos por Cristo, somos constituidos colaboradores de la redención de Cristo y tenemos que cuidar esa colaboración. Tenemos que procurar irradiar a Cristo, transmitir a Cristo, comunicar a Cristo. Estamos llamados a unirnos a Él para ser portadores de Él, como es María. María nos trae a Cristo, en sus brazos lleva a Cristo y nos lo deja, nos lo presenta y nos pone en unión con Él. Es decir, Cristo y el Padre quieren que los unos nos salvemos por los otros y nos ayudemos unos a otros. Es lo que es la humanidad, no somos seres aislados. Cada uno de nosotros tiene que sentirse también responsable de la salvación de los demás. Este sentimiento tiene que entrar muy dentro, tenemos que aprenderlo de María. A María la vemos portadora de Cristo, pero pronta a darlo siempre a los demás.

Cuando decimos que nos tenemos que sentir así, responsables de la salvación de los demás, entendamos no de todos en general, que puede ser un escollo para noso-